

có á Elisa, y sacando un papel del bolsillo, se lo mostró diciendo en voz baja para no ser oido de Leopoldo ni del anciano, que estaban abrumados con el peso del dolor y sin ver lo que al lado de ellos pasaba.

—He oido todo.... Conozco al hambre á quien se dirijia esta carta.... O dentro de pocos dias me concede vd. su amor, ó de lo contrario publico su infamia. Su esposo ha muerto, y no puedo amenazar á vd. con enseñársela á él; pero queda el público que es mas temible que un marido.... ¡Adios!

Y el doctor se alejó, dejando aterrada y llena de dolor á la infeliz Elisa.

## CAPITULO XVII.

### La Caverna de Cacahuamilpa.

Al Sur de la capital de México, en el Departamento que lleva este nombre, se encuentra una de las cosas mas notables y dignas de ser visitadas por el viajero. La Caverna de Cacahuamilpa encajonada en el distrito de Tasco.

Esta Caverna, imponente y sublime, en cuyas inmediaciones se levanta pintoresca una cadena de montañas, debió servir, sin duda, á juzgar por las ruinas de un monumento, á manera de altar, que se conservan en la cima de una montaña colocada al fren-

te de su entrada, al sangriento culto de los antiguos mexicanos.

Por la estrecha vereda que desciende por las montañas calizas en direccion á esta obra admirable de la naturaleza, se veían dos hombres á caballo.

El uno de aspecto noble, bien vestido, joven y de gallarda presencia, parecia examinar, con ojo inteligente, el interesante espectáculo que le rodeaba, en tanto que el otro, cubierta su cabeza con un sombrero ordinario de paja de inmensas alas, en mangas de camisa y ancho calzon blanco de algodón, sujeto á la cintura por una faja encarnada, silbaba una cancion popular de *Tier-racaliente*, sin cuidarse de lo que á su compañero conmovia; indiferente á cuanto le cercaba.

Ambos iban armados de pistolas y espada.

A medida que avanzaban hácia la Caverna, en la fisonomía del ginete principal se pintaban el asombro y la admiracion.

El animado cuadro que se presentaba á su vista, era grandioso y nuevo.

**No era la naturaleza que copiaba en sus**

preciosos cuadros de brillante colorido el excelente pincel del fecundo Velazquez, el príncipe de los pintores españoles. No sus élebres paisajes de la *vista del Pardo* ni de los *jardines de Aranjuez*, obras perfectas, acabadas con la primera mano, donde á penas están señalados los contornos de los objetos, ni cubierto el lienzo; donde la tierra el cielo, los árboles, las flores, todo está amontonado y sin detallarse; cuadros que si uno se aproxima á examinarlos detenidamente de cerca, no hallará, como en una decoración que se toca con el dedo, mas que la incertidumbre y el caos; pero que si se retira á distancia de cuatro pasos, la confusion desaparece, el mundo se crea de nuevo, las hojas de los árboles parecen moverse al impulso de la brisa, y la naturaleza aparece exuberante, vírgen, bella, sencilla y sublime. No era la perspectiva risueña que inspiraba á este gran pintor la que se presentaba á la vista de nuestros dos viajeros; era, sí, la naturaleza imponente, severa, terrible, que copiaba el poco conocido y célebre Collantes para sus lienzos, como la

*vision de Ezequiel*, única composicion que existe suya en el Museo de Madrid, pero tan preciosa, que esa sola página de su talento, equivale á un libro entero, escrito para inmortalizar su nombre.

El jóven y arrogante ginete llegó por fin á la boca de la Caverna, y se desmontó de su caballo.

El que le acompañaba, y que debía sin duda, servirle de guía, bajó tambien del suyo; tomó el corcel del primero, y lo amarró, junto con el suyo, á la entrada del sitio que parecia se disponian á visitar.

El principal de nuestros personajes se detuvo delante del grandioso objeto que tenia á la vista, asombrado de la grandiosa portada de aquel palacio subterráneo, debido á la sola voluntad del Supremo Artífice.

La longitud de la base de la entrada era de ciento treinta piés: la altura del arco natural que formaba la imponente entrada, no bajaba de veintisiete varas, ni de cincuenta su admirable anchura. El atrevido arco de esta colosal portada, la forman enormes rocas, dispuestas con tal gusto y

perfeccion, como si hubieran sido colocadas por el mas entendido arquitecto, con objeto de revelar al mundo los adelantos del arte arquitectónico.

A los lados de esta inmensa boca, que indica la vasta capacidad de su interior, dispuso la caprichosa y fecunda naturaleza, con capas paralelas á aquella gigantesca bóveda, las mas perfectas curvas para sostener el enorme peso de aquella gran montaña que gravita sobre ella.

Nuestro jóven viajero, despues de haber examinado detenidamente el sublime espectáculo que tenia á la vista, ordenó, al que le acompañaba, encendiese dos grandes hachas de brea de varias que llevaban á prevención, y tomando una en la mano y su compañero la otra, penetraron á aquel antro, tan digno de conocerse como poco visitado.

Nuestros personajes marchaban en el mayor silencio, caminando sobre un piso de tierra suelta y menuda, sin hallar piedra ni obstáculo alguno que interrumpiese su paso.

Despues de haber andado un espacio co-

mo de cuarenta varas, penetraron en el primer salon, ancho, espacioso, de liso pavimento como una tersa alfombra, y tan vasto, que apenas la luz que arrojaban las dos hachas bastaba á disipar las densas tinieblas que lo velaban.

El arrogante jóven se conmovió á la vista del grandioso espectáculo que se iba desarrollando poco á poco á sus ojos, á medida que iba familiarizándose con la oscuridad de aquel recinto.

Nada mas admirable, nada mas grande, nada mas sublime que el *bello horror* de esa naturaleza salvaje que ostenta en toda su fuerza, en todo su vigor, en toda su enegía, el poder de quien la hizo brotar de su divino pensamiento.

Preciosas y caprichosas figuras estalagmitas figurando esbeltas columnas, árboles y plantas, embellecian aquella espaciosa estancia, conocida por el "*Salon del Chibo,*" á causa de la preciosa estalagmita que, junto á una pirámide, se ostenta en la forma de aquel animal mamífero.

La admiracion del jóven viajero se au-

mentaba á medida que la vista, familiarizándose con la opaca luz que vertian las hachas, podia analizar la multitud de objetos que le cercaban por todas partes.

El salon en que se hallaba, tenia sesenta varas de largo, cincuenta y seis de ancho, y casi igual de altura.

Sorprendido de la magnitud de aquel primer departamento, que podia considerarse como el vestíbulo de la Caverna, levantó los ojos, y su asombro subió de punto, al descubrir en la elevada bóveda, infinidad de brillantes cristalizaciones estalácticas, imitando espléndidos cortinajes bordados de finísimas perlas, ó un blanco pabellon nubífero, tachonado de resplandecientes estrellas.

Aquel era un panorama de un género nuevo y desconocido, fantástico y sublime, que realizaba las miríficas descripciones de las *Mil y una Noches*.

La vista no acababa jamás de contar los objetos que en mil caprichosas formas se sucedian, como se cambian en los sueños

las figuras que nos presenta la excitada fantasía.

Ya en medio de las sombras vagarosas, contra las cuales luchaba impotente la luz de los hachones, se descubria elevándose aérea y magestuosa, como el ángel del misterio, una esbelta estalagmita, en la forma de una bellissima hurí, envuelta en su ropaje blanco; ya la aterradora figura de un esqueleto que se levanta de la tumba cubierto con su triste sudario; aquí las enhiestas palmeras, de vistosas hojas, ostentando las redondas gotas del rocío; mas allá los deliciosos baños de alabastro y las bruñidas fuentes por donde salta cristalina el agua; en otra parte, ligeras columnas de elegante hechura, que se pierden en la oscuridad de la bóveda; y por todas partes, urnas, tazones, arbustos y pilastras blancas, sin término y sin guarismo.

Nuestro curioso observador entregó su hacha al que le acompañaba, abrió un cuaderno elegantemente empastado que llevaba debajo del brazo, sacó un lápiz, y se pu-

so á trasladar al papel los objetos que mas vivamente habian herido sus sentidos.

El criado miraba con asombro y curiosidad la exactitud con que brotaban del lápiz del jóven viajero los objetos mas notables que se encontraban repartidos por el espacioso salon.

Despues de haber bosquejado las principales estalagmitas, se dirijieron por un espacioso pasadizo que estaba en armonía con la suntuosidad de la estancia que acababan de dejar, á otro salon mucho mas imponente y magestuoso que el primero, donde la natureleza, pródiga en la ostentacion de sus mas raras bellezas, presentaba los objetos mas raros y curiosos que la imaginacion mas viva pudiera concebir.

Al penetrar en este segundo salon, la vista queda gratamente sorprendida ante los raros caprichos formados por las constantes filtraciones.

A los pocos pasos, y á la mano derecha de esta magnífica estancia, se descubre una escarpa, adornada con sólidos escalones, parecidos á los de una cascada artificial, reme-

dando el espato calizo las amarillentas y trasparentes linfas congeladas en un pavimento de bruñido y sólido cristal incrustado de menudas perlas.

Allí se ven preciosas estalagmitas, figurando blancas azucenas y colosales lirios de bruñidas corolas, vistosas coliflores que parecen ostentar las gotas del rocío; gigantes cas pirámides, que se pierden en la espaciosa bóveda de donde cuelgan como flotantes pabellones de nevada gasa, las estalácticas, con las cuales van á unirse muchas veces las estalagmitas que se elevan de la tierra.

Pero la figura mas notable de este inmenso salon, cuya longitud no baja de ciento veinte varas, es la que representa una estatua egipcia, pero tan perfecta, que parece debida al cincel del mas hábil escultor de la antigua Grecia.

Nuestro jóven viajero estaba asombrado á la vista de aquel espectáculo tan grandioso y nuevo para él.

Absorto en sus contemplaciones, meditaba en los siglos que debian haber trascur-

rido para haberse ido formando con las leves gotas del agua filtrada por los intersticios de las piedras, aquellas inmensas pilastras, aquellos cortinajes, aquellas estatuas, flores, tazas y animales, tan artísticamente acabados.

Profundamente conmovido con el sublime espectáculo que presenciaba, y despues de haber trasladado al cuaderno las estalagmitas mas notables, se dirijió hácia un arco magestuoso que se encuentra á la entrada de otra estancia no menos rica en fenómenos naturales que las que acababa de recorrer.

En esta sala, que tendrá treinta varas de largo y treinta y cinco de altura, se encuentran varias figuras que sorprenden y admiran.

Allí las apariencias y las ilusiones fantásticas se reproducen á cada instante en la mezcla de sombra y de luz de los hachones. Al lado de un anciano, de blanca y larga barba, vestido con el traje de los antiguos patriarcas, que sostiene en sus descarna-

dos brazos á un tierno infante, se levanta, envuelta en un sudario blanco, una momia, cuyas formas descarnadas se marcan perfectamente en la nevada tela que le cubre. En otra parte se destaca, no ficticia, sino realmente, como brotado de la tierra, la figura de un enorme perro de San Bernardo, que parece custodiar aquel recinto, y que es la estalagmita que debe dar nombre á aquel salon. En la elevada bóveda véense multitud de brillantes estalácticas figurando régias colgaduras de plata, festoneadas de perlas y de rubíes; y aquí y allá, sobre el terso pavimento de menuda arena, altas y esbeltas pirámides, que se elevan como las columnas de un suntuoso templo.

Nuestro jóven viajero, mudo de asombro y sin despegar los lábios, penetró en otro soberbio salon, seguido de su fiel criado.

En esta espaciosa estancia, que tiene ciento tres varas de largo, cincuenta y cinco de anchura, y setenta de alto su admirable bóveda, se descubren soberbios y graciosos obeliscos adornando su extremidad,

y una preciosa estalagmita, figurando una inmensa coliflor.

El silencioso viajero, despues de haber apuntado en su cuaderno lo mas digno de atencion, se dirijió al quinto departamento ó sala, cuya principal estalagmita representa una gran concha, colocada horizontalmente. Aquí, siguiendo sus investigaciones, notó que la galería iba disminuyendo poco á poco su longitud, y cuando menos lo esperaba, se presentó á sus ojos una cornisa elevada gradualmente á lo largo de la pared, descubriéndose desde su imponente altura una extension, casi circular, de sesenta varas de diámetro. Finas columnatas, de orden jónico y corintio, se elevan gallardas y magestuosas á sostener atrevidamente el medio arco que forma la curva que nace del centro, y otras mil de igual gracia y valentía, colocadas con artística simetría, rodean y reciben el peso de este natural corredor, presentando un conjunto que sorprende y admira.

Todos los objetos que formaban aquel admirable panorama, los veía envueltos en el

explendor y brillantez del espató y el eris-  
tal de roca.

Cuanto le rodea es una sucesion de ma-  
ravillas, que forman el conjunto grandioso é  
indescriptible que hacen conocer al hombre  
la Omnipotencia de Dios y la pequeñez hu-  
mana. Pero en medio de aquel espectáculo  
mirífico, en medio de aquellos inimitables  
caprichos de la rica naturaleza, el encanto  
viene á recibir un rudo golpe al notar el  
corte irregular con que termina la cornisa,  
el insondable abismo de profundos precipi-  
cios que llenan de horror el alma.

El curioso viajero, que hasta allí habia  
manifestado una serenidad grande, se detu-  
vo de repente, y vaciló un instante sobre  
si debia seguir adelante ó retroceder.

Pero poco se detuvo en esta considera-  
cion.

Su corazon, de un temple sereno y vale-  
roso, recobró bien pronto su natural domi-  
nio, y continuó su marcha, aunque por el  
piso bajo de donde se desprende la grandio-  
sa columnata, sobre la cual descansa la cor-  
nisa.

De repente, una montaña brillante y blan-  
ca, cual si de bruñida plata fuese, viene á  
interrumpir su marcha. Su falda se compo-  
ne de menuda y relumbrante arena, extrao-  
dinariamente húmeda, y que hace difícil el  
acceso á la cima. Pero aunque el personaje  
que nos ocupa advierte lo falso y débil del  
piso, sube intrépido por él, y unas veces  
hudiéndose con el peso de su cuerpo, otras  
resbalando y deteniéndose, logra por fin,  
auxiliado de la luz que despíden los hacho-  
nes, descubrir la cima, en la cual se levan-  
ta una frondosa arboleda estalagmita, cuyas  
cristalizadas hojas dan sombra á un profun-  
do pozo de transparentes linfas á quien los  
jigantescos árboles rodean.

El corazon de nuestro jóyen se conmo-  
vió de asombro.

El diámetro de la montaña encerrada en  
aquel salon, no bajaba de ochenta y ocho  
varas.

A la vista de un espectáculo tan nuevo  
en su género, y de fenómenos tan raros y  
colosales formados por el agua gota á gota,

su corazón se sintió bañado de un sentimiento religioso.

Afectado aún por las grandiosas emociones de lo que había visto, continuó su marcha, y se encontró en el sexto salón cuya principal estalagmita representa un gran candelabro de plata, guarnecido de preciosas y brillantes perlas.

Si detenerse más que el tiempo necesario para copiar este objeto, penetró en la séptima estancia conocida con el nombre de *Panteon*, y aquí su asombro creció á un grado supremo.

El primer objeto con que se encontró su vista, fué una admirable estalagmita en forma de un torreón antiguo, de una inexpugnable fortificación. A larga distancia de él, y colocados con orden regular, se descubrieron multitud de urnas, mausoleos, y otros monumentos sepulcrales, por los que se ha dado al salón el nombre que lleva; robustos cipreses y sauces de abundantes hojas, que parecían cubiertos de nieve, se encontraban esparcidos por aquel espacioso recinto, que

con tanta perfección remedaba un lúgubre y silencioso camposanto.

La admiración de nuestro héroe iba en escala progresiva á medida que recorría los salones.

Casi no se atrevía á dar crédito á sus ojos de lo que veía y palpaba.

Parecíale todo un sueño fantástico, y que se encontraba trasportado por la fantasía á una cueva encantada de las descritas por los visionarios autores de los libros de caballerías.

Un pavoroso silencio reinaba por todas partes, silencio imponente que solo era interrumpido por el continuo golpeo de las gotas de agua, que filtrándose por los intersticios de la alta bóveda, continuaban elaborando sin cesar las estalagmitas, y comenzaban á formar otras nuevas de hechura caprichosas, que dentro de algunos siglos cambiarán el aspecto de aquellos subterráneos salones.

Anhelando conocer cuanto encerraba en su profundo seno aquella maravillosa Caverna, entró al octavo salón, cuya principal

estalagmita remeda el tronco de un palmero seco; visitó el noveno, donde hay una concrecion con el aspecto de una piña; pasó al décimo, que por sus revueltas y tortuosidades se llama el *Laberinto*, y desde el cual empieza el mal piso, y se detuvo á descansar en el undécimo, conocido por el de *la fuente*, llamado así por el depósito pequeño, pero perenne, de agua potable y fresca, formado por las filtraciones, y que es muy agradable acercar á los labios despues de un viaje tan penoso por aquellos subterráneos, donde la temperatura sube á 28 grados de R.

Nuestro jóven sacó del bolsillo un vaso de goma, y bebió de aquella limpia y cristalina agua, que estaba convidando á refrescar.

En seguida, y despues de haber descansado un instante, se dirigió, por uno de los dos desfiladeros de corta extension, al salon duodécimo á que ambos conducen, grandioso por su capacidad y por la inmensa elevacion de su imponente bóveda.

Allí no se cansa la vista de admirar mi-

llares de graciosas grutas, elaboradas por las aguas calizas, que cayendo gota á gota, en distintas direcciones, remedan, heridas por la luz de las hachas, encendidas perlas, ó menuda lluvia de oro, que descende de las flotantes nubes de luciente plata.

Pero nada mas sublime y grandioso, nada mas admirable y sorprendente que las pirámides monumentales que se destacan desde el suelo hasta tocar la altísima bóveda, en los salones trece y catorce de este palacio, formado por la naturaleza en las entrañas de la tierra. Aquellas altísimas torres, aquellos gigantescos árboles, aquellas sólidas columnas repartidas por las galerías subterráneas, tan extensas, que la luz de los hachones, por muchos que sean, dudan romper sus espesas sombras, producen una sensacion tan profunda, tan tierna y religiosa, que es preciso conservar por toda la vida.

El personaje que nos ocupa, dijo al que le acompañaba que le siguiera, y penetraron en el décimo quinto salon que es el úl-

timo de aquella admirable Caverna, y uno de los mas vistosamente decorados.

Al llegar á él, le parece al viajero que penetra en un grandioso templo católico, por la multitud de estalácticas en forma de blancos tubos unidos, que remedan perfectamente la figura de un órgano. A un lado, y para que la ilusion sea completa, parece levantarse un altar, sosteniendo la figura de un santo apóstol, envuelto en su blanco trage talar, y colgando de la elevada bóveda se ven robustas estalácticas de variadas y coprichosas formas, que imitan las graciosas molduras que adornan los régios techos de los alcázares Persas.

El personaje que nos ocupa volvió á abrir su lujoso cuaderno, y se puso á dibujar una de las estalagmitas de mas delicado gusto.

El hombre del bajo pueblo le alumbraba, y miraba silencioso y con curiosidad los pequeños bocetos, que con una rapidez asombrosa concluía.

De repente, al dar vuelta á la hoja el dibujante para delinear nuevas estalagmitas, dejó escapar el criado una exclamacion de

sorpresa al ver dibujada con admirable maestría la cabeza de una jóven y hermosa mujer.

—¿Qué es lo que ha visto vd. que así le sorprende?

Le preguntó el dibujante, continuando su trabajo.

—La cara de esa señorita que está en esta otra hoja.

—¿Le parece á vd. bien?

—Perfectamente. Ahora sí digo que es su merced el hombre de mas talento en el mundo.

—¿Por qué?

—Porque la verdad, señor amo, solo le falta hablar á ese retrato.

—¿Y cómo sabe vd. que solo le falta hablar?

—Porque conozco á la señorita.

—¿Vd. la conoce?

Dijo el jóven dejando de dibujar, y mirando con interes á su interlocutor.

—¡Vaya si la conozco! Como que durmió una noche en mi pobre casa.

—¿De veras?

Exclamó con ansiedad el jóven.

—Sin duda: en el callejon de Recábolos: le llevó mi hija cuando la justicia entró en posesion de cuanto tenia D. Felipe Flan.

—¡Ah! ¡la confunden, como yo la confundí, con la mujer que es su exacta semejanza!

Exclamó el viajero dejando ver en su rostro el desencanto y la tristeza.

—Pero yo era un pobre albañil;—continuó el hombre del pueblo sin haber puesto euidado en las palabras del jóven ni en el cambio que se operó en su semblante;—y al siguiente dia tomó un cuarto en la misma casa de vecindad, hasta que viéndose sin *tlaco*, se fué á otra viviendita, donde la visité varias veces con mi hija, que habia sido su criada en casa de D. Felipe. ¿No es verdad que es la misma, señor amo Nuñez?

—No amigo mio, ¡no es ella!

Contestó con amargura Nuñez.

—¡Cómo! ¿No es la señorita Soledad?

—Sí; la señorita Soledad es en efecto; pero no es ese el nombre de la jóven que representa.

—Bien; ya sé yo que esa señorita se llama tambien de otra manera; pero es la misma.

—¡Es posible! ¿Vd. sabe que tiene otro nombre?

Le interrumpió Nuñez, volviendo á brillar en sus ojos la ansiedad mas intensa.

—¡Vaya! como que se lo oí pronunciar á un padre que la visitaba y socorria.

—¿Y cómo la llamaba ese sacerdote?

—Adela.

—¡Adela!—Exclamó Nuñez dejando caer abatida la cabeza sobre el pecho:—¡Era ella misma! ¡Era la jóven á quien seguí anhelante hasta su casa! ¡La misma del concierto....! ¡Ah! ¡cómo pude desconocerla! ¡cómo pude creer que pudiese ser otra que la que amaba mi corazon! ¡Y yo que la traté con despego.... con crueldad.... con indiferencia.... casi con desprecio! ¡Oh! la infeliz me habrá maldecido....! ¡habrá detestado mi nombre! ¡Oh! ¡es preciso que la vea.... que me justifique con ella, que me arroje á sus piés pidiéndole perdon por mi